

100







DocL

A

A la gente
por tu y qu
nada que
Olfoma a la
Recuerdo de
su

POR TIERRAS DE CASTILLA

A la gente

POR TIERRAS DE CASTILLA

(IMPRESIONES DE LA VIDA CASTELLANA)

POR

ALBERTO CAMBA

PRÓLOGO DE JOSÉ RODAO



SEGOVIA
Tip. de «El Adelantado»
San Agustín, 7
1925



+ 5279
C. 10730

R. 47983

A Su Alteza Real la Serenísima Señora Infanta de España, doña Isabel de Borbón, Condesa de Segovia, espíritu generoso y selecto, cuyo entrañable amor a esta ciudad-relicario ha encendido hondas devociones en las gentes de la noble tierra castellana.

ALBERTO CAMBA.

PRÓLOGO

Ha podido Alberto Camba—que ya sabe andarse solo por los campos literarios, sin temor de que le coma el coco—pedir el prólogo o prefacio para este libro a alguno de los más eminentes escritores de los que hoy están en candelero, y con alma y vida se le hubiera escrito, seguramente.

Ha preferido pedírmele a mí, coplero más o menos festivo, y no he de darle el tono de creer que Camba, hombre de muy buen sentido, lo ha hecho por considerarme autoridad literaria. Me ha pedido estas cuartillas para abrir boca, porque su nuevo libro *POR TIERRAS DE CASTILLA*, bien pudiera titularse *POR TIERRAS DE SEGOVIA* y ha preferido que el prelude de estas páginas lo entone un escritor segoviano, en el que lo de escritor sea lo de menos y lo de segoviano lo de más.

Si esto pensó Alberto Camba, no anduvo muy descaminado al acordarse de mí, aun cuando recelo que lo hizo también con cierta doble intención, un poco maquiávelica: con la intención de que no rebasando el prologuista el nivel literario del autor del libro, le sería más fácil el éxito, que de todos modos se hubiera conquistado, aun buscando un escritor de muchas campanillas, para desempeñar este difícil cometido.

Si tal fué el propósito, yo de todos modos le perdono a Camba su maquiavelismo, en gracia al honor que para mí supone la cordial deferencia de brindarme con su compañía, en esta nueva excursión que emprende hacia la notoriedad.

Complaciente, pues, con el amigo y bajo el temor de quedar un poco en ridículo, con más sinceridad y afecto que galanuras de estilo, hilvanaré este prologuillo que lo mismo pudiera ser epílogo, ya que los epílogos son en realidad prólogos que se ponen al final, así como los prólogos pueden ser epílogos que se ponen al principio.

* * *

Alberto Camba es un levantino injerto en castellano—creo que nació en la provincia de Murcia, y si mis escasos conocimientos geográficos no fallan, Murcia pertenece a la región valenciana—pero a pesar de su murcianismo, innegable ante su partida de nacimiento, bien pudiera clasificársele entre los mejores escritores castellanos por adaptación.

En sus años de alumno en la Academia de Intendencia, a cuyo prestigioso Cuerpo pertenece, tuvo que residir en Avila, riñón de Castilla la Vieja—Segovia puede considerarse como el otro riñón—y en esa edad en que en la retina y en la imaginación quedan más grabados el paisaje y las personas, los hechos y las cosas, fué adquiriendo, indudablemente, ese castellanismo que ha hecho del escritor un fervoroso enamorado de estas tierras cantadas con ternura y vigor por Gabriel y Galán y pintadas con brusquedad y vigor también por Ignacio Zuloaga, y en las que puede decirse que ha escrito Camba la mayor parte de su labor literaria.

Atraído por sus amores a Castilla, Camba pasó largas temporadas en un pueblecito cercano a Segovia, que acaso le inspirara su linda crónica *El sacristán de Valdeprados*, que forma parte de este libro; esos entusiasmos que siente por Castilla le trajeron a la vieja ciudad del Acueducto, donde realizó una intensa labor, dando brillantes conferencias y escribiendo en *El Adelantado de Segovia* crónicas admirables—alguna bastante para labrar una reputación literaria—y fruto de todo ese castellanismo es este libro tan saturado de ambiente castellano; de todo lo que constituye el cuadro de Castilla sobrio, terroso, intensamente soleado.

Ya lo indicábamos antes; seguramente por no empequeñecer el ambiente de su libro no le ha titulado Camba POR TIERRAS DE SEGOVIA, aunque bien segovianos son por el asunto, por los personajes y aun por la fraseología empleada en algunos momentos, sus trabajos *El molinero*, *El tío Venancio*, *El coche de Zarzuela*, *Trato de boda* y otros más que pudiéramos citar, si

no temiéramos restar muchos elementos a Castilla en general, arrimando demasiado el *ascua a la sardina* segoviana.

Corre a lo largo de estas páginas, tan sueltas y jugosas, una filosofía agridulce, muy de esta época; y con un humorismo sin hiel—no sé quién ha dicho que el humorismo es aristocracia mental—y con una frivolidad sin empalago pinta Camba cuadros admirablemente y relata amenos episodios sin recurrir nunca a complicadas y manidas fórmulas de laboratorio literario, dándonos una impresión luminosa, risueña y siempre exacta del natural.

Aun cuando en ocasiones censura y anatematiza vicios y costumbres, no se indigna nunca; se sonríe y está más propicio a buscar la disculpa que a ensañarse derramando acritud y severidad.

Sabe muy bien que no hay en la tierra ninguna forma del doior, o de la injusticia que sean definitivamente estirpables. Por eso no se encoleriza, ni maldice.

Tampoco describe, ni pinta nunca por describir; detalla cuando es necesario e impresionándose con el medio ambiente, estudia la psicología de las personas más que el alma de las cosas, envolviendo sus observaciones en ese sano humorismo de que antes hablábamos, que hace más amenas y aladas todas sus producciones literarias, limpias de erotismos trasnochados y de ardores incipientes de estudiante del Instituto.

Hablando de Castilla y más concretamente de Segovia, donde Ignacio Zuloaga pintó sus brujas, su enano famoso, sus aldeanos tostados y sarmentosos, que se envuelven en las amplias capas de paño pardo, ha dicho el insigne artista vasco que estas tierras debieran pintarse «con una paleta de granito, pinceles de hierro forjado, en lienzo de refajo y, con negro y amarillo, para dar la impresión de la aridez de estos trozos de Castilla.»

Quiere Zuloaga en vez de acariciar el lienzo con los pinceles, arañarle, y Alberto

Camba no encuentra esa brusquedad en el ambiente castellano, ni en las costumbres de Castilla.

Es más dulce, más apacible, menos sombrío y sobre todo más humorista.

Está mucho más cerca, en cuanto a lo apacible y lo dulce de fray Luis de León, que de Ignacio Zuloaga. Y en cuanto a lo del humorismo no habrá quien niegue que Camba es uno de nuestros primeros humoristas, después de haber echado mano de mí para que le escriba este prólogo, en un libro que no ha de llevarse el viento del olvido, como no se lleva el aire nunca las espigas apretadas y sustanciosas de nuestros campos de Castilla.

José Rodao.

Segovia, Enero 1925.

A SEGOVIA

¡Segovia...! ¡Ciudad de leyenda! ¡Tierra de hidalgos y de santos, de aventureros y de poetas! ¡Sagrario de gestas gloriosas! Los resplandores suavísimos que irradian los oros de tu sol al verterse en el manso sosiego de tu vida, hacen revivir las tradiciones heroicas de la raza en el fondo de las almas. Bajo las naves severas de tus templos, ante los sepulcros de piedra de tus varones ilustres, en el blando silencio de tus callejas, junto a las portaladas de tus palacios próceres y frente a la maravilla de ese Alcázar portentoso, posado en la cumbre de la roca viva, como si estuviese en perenne alerta, el espíritu humano se concentra en profundos éxtasis para elevarse santamente a Dios. Tu vida lenta y beatífica, de hogar y de claustro, viene a ser como un remanso de santa paz cristiana puesta al

margen de los siglos para sedante de los espíritus fatigados por el vértigo del vivir moderno, es como la sombra amable de un árbol frondoso bajo la cruda luz cenital del sol del estío. Las piedras nobilísimas de tu Catedral y de tu Acueducto, hablan hondamente a las almas, de los prodigios de la fe, con el sublime y místico lenguaje del silencio hecho poesía. El azul magnífico de tu cielo no se mancha con el humo de las fábricas, porque la vida tuya, a semejanza de la de esas insignes damas de rancia estirpe señorial, se alienta en las grandezas del pasado. Porque eres la tradición misma hecha altar, logras que en la memoria de los ausentes florezca tu recuerdo con ensueños de poeta.

Yo sólo puedo asegurarte en íntima y honrada confianza, que ni la alegría luminosa de la gentil Andalucía, donde ahora me encuentro, ni el bullicio crepitante de la Villa y Corte, donde tantos años he vivido, ni nada de España, llenan de dicha a mi alma como la paz adorable de tu ambiente.

POR TIERRAS DE CASTILLA

Al evocar tu memoria, te hago ofrenda de mis amores en estas pobres páginas unciosas que escribí gozando el encanto dulcísimo de vivir tu vida.

ALBERTO CAMBA.

Jerez de la Frontera, Enero, 1925.

LA CIUDAD DE SEGOVIA

Segovia es una ciudad de evocaciones. Sus callejas tortuosas y angostas, sus case-
rones blasonados, sus torres románicas y
el hondo y grave silencio en que de ordina-
rio se sume su vida, estimulan a los ensue-
ños épicos. Dentro del recinto murado de la
urbe, todo es austeridad y recogimiento.
Hasta el ronco hervor que producen las
aguas del *Clamores* al despeñarse por los
fosos del Alcázar, parece que remeda el ge-
mido doloroso y trágico de bravos guerre-
ros trabados en fiera porfía. El murmullo de
este río es como la voz evocadora de los
siglos que rueda por los abismos hilando
trozos de Historia. Tierra de héroes y de
santos es la muy noble ciudad de Segovia
en la que parece que los hombres pisan
quedados para no hollar el silencio de los se-
pulcros de piedra guardadores de las cen-

zas de ilustres obispos y esforzados capitanes, y por donde las mujeres se deslizan como sombras para orar en la soledad umbrosa de los templos. Ciudad abierta a la expansión de los espíritus que sienten y aman el pasado de la raza como la gloria más legítima de sus linajes. Pueblo de recia contextura espiritual en cuya alma se funden todas las virtudes y en cuyo corazón se encienden todos los amores. Estirpe de rancio señorío que en la lucha con la tierra y en el fervor de las oraciones halla redención a sus culpas y alivio a sus dolores.

Cualquiera que posea una imaginación medianamente impresionable se sentirá en Segovia con alientos de trovador. Acaso tenga instantes en que ansíe ceñir una espada, tocarse con un chambergo y calzarse unas espuelas para dar satisfacción a su ánima lanzándose en ronda por la encrucijada de rúas solitarias de *Malcocinado* y el *Patín*, de la *Nevería* y *Capuchinos*. Quizás en la paz de la alta noche sienta estremecerse su alma y flaquear la voluntad al percibir el ritmo lento y cóncavo de sus pisadas,

repercutiendo en la oscuridad lejana. Tal vez se crea tocado de gracia, casi en olor de santidad, al gozar la dulcedumbre de su vida apacible y ver al padre bendiciendo patriarcalmente la mesa familiar antes de partir la hogaza de pan blanco. De estos sencillos y castos goces se sentirá poseído, al vivir la poesía de su vida beatífica, purificada en el seno de la religión cristiana, encanto que sólo conocen a través de los libros, pergeñados con las fantasías de la leyenda, los que no tuvieron la fortuna de vivir esta vida mansa y generosa.

Uno de mis placeres predilectos en Segovia es ambular por las calles desiertas cuando cierra la noche. Abstraído de la realidad con el ensimismamiento de las evocaciones, doy la vuelta alrededor de la Catedral, que como espectro imponente se alza majestuosa entre moles de sombras. Desciendo luego por la *Canonjía*, sinuosa y pina, deteniéndome reverente a cada paso ante los labrados arcos de las vetustas portaladas. Enfilo después la explanada del Alcázar y contemplo maravillado la silueta

de la histórica fortaleza, recortando el perfil de sus torreones sobre el azul del espacio. Desde la altura donde el Alcázar se afirma sobre el trono de la roca granítica, sirviendo de atalaya a la ciudad, me asomo a los abismos del Parque, llenos de tradición y de supersticiones, y veo las lucecitas rutilantes de *San Marcos* bordando la negrura de la noche con multitud de lentejuelas de oro. Torno luego a mi paseo por la *Ronda de Don Juan II*, dando vida en el interior de mi espíritu, a lances caballerescos, a raptos de castas doncellas y a dulces trovas rendidas al amor en los hondos misterios de la noche.

Sin medida del tiempo en mi paseo, vuelvo a encontrarme nuevamente al pie de la Catedral. Miro a la altura en una tregua y veo sus agujas de piedra, primorosas y erectas, pretendiendo horadar la bóveda del firmamento. Reanudo la marcha y, andando sin pauta, me detengo ante el *Arco de San Andrés*, prodigio de poesía en las blancas noches de plenilunio, en cuyo refugio tiembla con fulgor medroso la luz que irradia la

lámpara de una hornacina. Bajo la obra de este Arco se desborda mi alma en imaginaciones. Alzo los ojos y quedo extasiado ante la tupida celosía que encubre sus ventanas, por cuyo enrejado se filtra sutilmente la luz del cielo reflejada en los ojos de una mujer de ensueño. Lleno de ilusión con la embriaguez de las evocaciones, acudo muchas veces al Arco para deleitarme contemplando el porte gracioso de mi amada, la figura gentilísima de una mujer vestida con albo ropaje, que allí la hace vivir la fuerza creadora de mi fantasía.

Puntualmente acudo todas las noches a la cita imaginaria. El amor de esta mujer ilusoria es el único amor de mi vida al que me he rendido con toda la plenitud del alma. Mi *novia*, la mujer ante cuyas presentidas gracias me postro en adoración, es parto de un ensueño vivido a lo largo de muchas horas. Ella, la mujer ideal que ha creado mi delirio, asiste a mis cultos sin desplegar los labios, ni dejarse ver. En las exaltaciones quiméricas de la ilusión paréceme sentir algunas veces por detrás de la celosía, el si-

sear de la dueña que avisa a mi adorada infancia del peligro de ser sorprendida por su padre, un hosco señor feudal de luengas barbas imponentes y de voz cavernosa, que antes de rayar el alba se retira a descansar después de haber pasado la noche velando las armas en la iglesia de los *Templarios*.

LA MISA MAYOR

Bajo la nave inmensa resuenan solemnes los acordes del órgano. En el amplio recinto del presbiterio centellean el oro y la pedrería de las dalmáticas al resplandor trémulo de los cirios. ¡Viejas y nobles dalmáticas que vistieron preladados y santos en el incesante discurrir de los siglos! Un cúmulo de humo de incienso sume en la turbiedad de sus volutas la traza de las imágenes altareras, esparciendo por el templo la delicia de su perfume.

Muy digno el diácono en su grave función subalterna, asiste al oficiante. Recita éste con voz pastosa un pasaje del Evangelio. Del coro se desprenden torrencialmente sonoras armonías que circundan la voz hosca y profética del salmista. En el silencio fervoroso rezonga el tintineo metálico de la campanilla. Abaten los fieles las testas un-

ciosas. En la honda paz litúrgica parece sentirse como un lejano rumor de ángeles, al escucharse el canto que elevan al cielo las vocecillas argentinas de los niños de coro.

En las treguas de las ceremonias se percibe el bisbiseo de los rezos. Un anciano sacerdote ocupa la sagrada cátedra. Con voz despaciosa y patriarcal inicia a los fieles en los santos misterios dogmáticos. Magníficamente extiende el brazo bajo los rizados encajes del roquete para ensalzar la grandeza infinita de Dios con casta emoción. Después, con patéticas evocaciones, cita palabras de los Santos Padres de la Iglesia y rima ternezas místicas en ofrenda al puro amor del Justo. Cede la voz después de una ardorosa exaltación oratoria y se recogen los fieles en adoración íntima. En el altar mayor se alza a Dios. Los pechos palpitan con ritmo isócrono en la majestad ceremoniosa del santo sacrificio. Torna luego el órgano, un viejo órgano de complicada trompetería y retorcidas columnas salomónicas, a llenar el templo con la riqueza polifona de sus acordes. La misa ha concluído.

POR TIERRAS DE CASTILLA

Incrustados los canónigos en los asientos del coro rezan el oficio del día. Sus voces varoniles y macizas retumban a lo largo de la nave con son de tronada. ¡Pechos sanos llenos de beatitud y pujanza! La Catedral queda desierta. Las pisadas resuenan huecas y planas en la transparencia del silencio.

Golpea el pertiguero, un viejecillo enjuto y rasurado, con su vara de plata las losas del pavimento. Un inglés pelirrojo y zancudo atisba a través de sus lentes de oro el detalle ornamental de una cripta donde reposan los restos mortales de un arzobispo. Una pareja de novios discretea junto a la pila del agua bendita. En la gaya cristalería de la cúpula los rayos del sol forman fantásticas combinaciones de luces.



PAZ CASTELLANA

Me encuentro en Segovia. Al bullicio de la vida madrileña, sustituye la calma blanda y lenta de las viejas capitales de Castilla. El silencio de estas ciudades posee una extraña armonía que suspende a mi espíritu, habituado al tráfago estrepitoso y frívolo de la Corte.

En la mañana otoñal miro el jardín de mi casa a través de las vidrieras del balcón del despacho. El vientecillo serrano mece levemente las ramas de un nogal centenario. Al rozar las hojas doradas las hace temblar con ritmo tenue. El suelo se tapiza con la hojarasca seca.

Las rachas de brisa cortan la piel. La brisa de Segovia es fina y hosca. La de Madrid es ágil y pizpireta. La brisa madrileña es una brisa *joven* que arranca las hojas con violencia y luego las persigue, las vol-

tea y las arrincona. La brisa segoviana convida a buscar consuelo en el tibio calor de la lana o a refugiarse junto a la lumbre de unos buenos troncos de encina.

Mi jardín está triste y desolado. En el cielo brilla el sol como un florón de níquel. El azul del espacio se desvanece en un gris de acero. Un gorrión pía festejando la captura de una miga de pan bajo el emparrado del patio. Las briznas de aire ahuecan sus plumas. Al acercarme a los cristales se espanta. De un vuelo se posa en el alero. Allí se detiene un instante para orientar su rumbo. Después se pierde por detrás de las tapias, aleteando vertiginoso.

Las campanas de los frailes turban el silencio de la mañana con su tañido fino y agrio. Alzo la vista y atisbo el convento de enfrente para ver si por los claustros cruza algún monje. Los conventos tienen para mí un hondo misterio supersticioso. El leve crugir de las estameñas me sume en profundas devociones. El sonsonete de las cántigas y letanías inunda a mi espíritu de evocaciones místicas. Con la imaginación con-

POR TIERRAS DE CASTILLA

templo a los religiosos hundirse gravemente en los sillones del coro para entonar oficios. Forzando la fantasía llego a descubrir dentro del cono de luz que proyecta el sol al penetrar por las ventanas de las celdas, la figura corva y esquelética de algún fraile consagrado a la vida de penitencia, que se prostra ante un crucifijo de talla, en actitud extática. Realmente no veo nada desde el observatorio de mi despacho. Todo es efecto de la ilusión.

La calma de la ciudad me llena de tedio. Acostumbrado al fragín de las calles de Madrid, me creo transportado a otro mundo distinto, a un mundo vacío de seres y de cosas. El helor de la escarcha decrece a medida que entra el día. Dirijo la vista al campo y veo las crestas de la sierra cubiertas de nieve. Miro al cielo y veo enturbiarse los oros del sol entre los cendales grises de la niebla. Por la calle no pasa nadie. De vez en cuando surca el espacio algún pájaro errante.

El ambiente predispone a la meditación. Segovia es tierra de hidalgos y de santos.

Su sol no tiene fuerza para encender traiciones en el pecho de los hombres. Es un sol afable y generoso. El amor de sus gentes es apacible como el soplo de sus brisas. Más que versos apasionados, inspira este país devociones sosegadas.

¡Bendita sea la paz de Castilla! Su sosiego no es un reposo de muerte. Es el sueño de una raza fuerte, llena de ideal y de fe, que después de largos siglos descansa de una lucha gloriosa.

Contemplando desde mi despacho la extensión de estos campos fecundos, admiro a la tierra madre que se priva de vestirse con galas de flores y follaje para dar toda su savia a la espiga de trigo.

EL ALMA CAMPESINA

El lugareño castellano es tan socarrón como los lugareños de todos los países del mundo. Así como los frutos de la tierra tienen un distintivo especial (tamaño, sabor, forma, etc.) según la condición del clima en que se producen, así también los hombres de los pueblos poseen un martingaleo característico, según el terreno de donde proceden. La moral campesina tiene por base la desconfianza. Sobre este fundamento pueden hacerse toda clase de combinaciones para definir a los aldeanos de todas las latitudes.

En general, los hombres de campo no dicen más que lo que les conviene decir. Sobre su voluntad tienen un dominio absoluto. La perspicacia mas sutil se estrella contra la resistencia que oponen a todo intento de penetración espiritual. Habitados a

desempeñar el papel de víctimas, atemperan las emociones a un gesto de mansa resignación. Aun los más alegres saben enterrar su regocijo en una expresión ambigua. Al hablar lo hacen lentamente, como si sintieran cansancio de haber vivido largos años en la esclavitud de la tierra. En su trato apenas si pestañean, para escrutar mejor los gestos y palabras del interlocutor. Sus silencios son treguas de observación para descubrir los puntos vulnerables del amigo. Proceden en el curso de sus vidas, cautamente, maliciosamente, sin impacencias ni atropellos, pero con un gran sentido práctico. Cuando hablan con los señoritos de las ciudades aguzan el ingenio para engañarlos en forma que parezcan ellos los engañados. Es tal su habilidad para fingir, que cuando parece que están llorando por fuera, están reventando de risa por dentro.

El campesino castellano es austero, receloso, corto de palabras y largo de razones. El pliegue de su entrecejo se desarruga muy raras veces. Por su porte parece un gran señor venido a menos. En la sencilla ope-

POR TIERRAS DE CASTILLA

ración de rascarse la crisma tiene un recurso magnífico para salir airoso en los trances difíciles. Aunque se le vea muy apurado de argumentos, no se dará fácilmente por vencido. Buscará un resquicio por donde escurrirse. Pondrá cara de infeliz. Fingirá acaso una momentánea flaqueza de memoria. Apelará quizás a testimonios de imposible comprobación. Se obstinará en la defensa de sus puntos de vista. Y cuando lo creamos perdido se rascará dignamente la cabeza, dejará caer unas palabras indefinidas y saldrá gentilmente del paso sin haber dicho nada concreto.

A pesar de la semejanza temperamental que existe entre el campesino gallego y el castellano, se puede marcar un detalle importante para diferenciarlos. En vez de responder categóricamente a las preguntas que se les dirigen, ambos se evaden ladina-mente por procedimientos distintos. El gallego contesta a las preguntas con otra pregunta.

—¿Qué edad tiene usted?—se interroga a cualquier gallego.

—¿Para qué lo quiere saber?—responde invariablemente.

En balde se trabarán ustedes en porfía con él para averiguar la edad que tiene. A cada pregunta que se le dirija, replicará con otra. Podrán emplear ustedes toda clase de recursos. Al final quedarán rendidos de urdir argumentaciones para convencerle. Pero sin enterarse de los años que tiene.

La táctica del campesino castellano difiere de la del gallego en que siempre contesta a las preguntas que se le hace con respuestas vagas y prolijas. El castellano rinde culto a la cortesía y envuelve su pensamiento en razones incoherentes para que nadie lo comprenda.

—¿Le ha costado mucho esa gorra?—se interesa de uno.

—Le diré a usted--contestará parsimoniosamente—. Esta gorra la compré cuando la mujer estuvo con la gripe. Tuve necesidad entonces de venir a Segovia para apañar unos aperos y me dije: Mejor ocasión que ésta, ninguna. Por cierto que el día que vine llovía si Dios tenía qué.

POR TIERRAS DE CASTILLA

Para hilar la contestación le hablará de la cosecha, de lo mala que está la vida, del calor del verano, de lo caro que cuesta el ganado, de la iguala del médico, etc. Aunque le vea a ustedes cansados, insistirá en su discurso, sin que haya fuerza humana capaz de atajarle. Al final de la monserga se quedarán ustedes sin saber cuánto le costó la gorra.

El campesino castellano no deja traslucir jamás sus pensamientos. Por lo general se conduce con reserva. Cuando más, se aventura a satisfacer la curiosidad ajena respondiendo al estilo Ollendorf.

LA HORA DEL CREPÚSCULO

Suena lenta la campana de la vieja ermita. Es la hora del *Angelus*. Las acacias en flor embalsaman el ambiente con el encanto de su perfume. Una brisa mansa y acariciadora hace temblar levemente las ramas de los árboles.

A la puerta del mesón que hay a la entrada del lugar, orillando el puente, discuten política el albéitar, el señor cura y un viejo marchante. Junto a la barbería, forman corro y escancian sendas jarras de vino Lucio el talabartero, el juez y don Bartolo, antiguo contrabandista convertido por la suerte en opulento hacendado.

En la fuente, María, Carmen, Consolación y Sagrario, escuchan risueñas los chicleos de los mozos mientras llenan de agua los cántaros. Una chusma de chiquillos astrosos levanta diques de tierra y

barro para conducir las aguas derramadas, al pie del pilón de piedra que sirve de abrevadero al ganado.

Saludo a doña Paz que riega las macetas de su balcón y festeja a un tordo enjaulado. Doña Paz me devuelve extremosa el saludo con una sonrisa amable. En el corral de la posada, una zagalona recia y encendida recoge las gallinas que se revuelcan por el fiemo. Un bigardo ruge una copla de celos mientras echa en los pesebres el pienso para la piara.

Una cabra rubia bala quejumbrosa al estrujar sus ubres henchidas las manos callosas de un gafián. Remuévense las hojas de las amapolas y se rizan los trigales al rozar las auras los troncos añosos y las espigas cargadas de grano. En la llanura tiemblan los ababoles en sus tallos como gotas de sangre sobre una inmensa lámina de oro.

Se percibe el cascabeleo de las bestias de labor al regresar al establo. Lejos se escuchan las canciones de los braceros que retornan de la faena.

Una nubecilla de plata vela un instante

POR TIERRAS DE CASTILLA

los rojos destellos del sol. La tarde declina apacible y hermosa en la santa paz de los campos. El cielo se tiñe de carmín al morir el día. Croquean las ranas en la alberca. Silba un mirlo. La noche cierra.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT
5720 S. UNIVERSITY AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60637
TEL: 773-936-3700
WWW.PHYSICS.UCHICAGO.EDU

PHYSICS 309
LECTURE 10

1. Introduction
2. The Schrödinger Equation
3. The Harmonic Oscillator
4. The Hydrogen Atom
5. The Pauli Exclusion Principle
6. The Periodic Table
7. The Many-Body Problem
8. The Fermi Gas
9. The Fermi-Dirac Distribution
10. The Fermi Energy
11. The Fermi-Dirac Distribution Function
12. The Fermi-Dirac Distribution Function
13. The Fermi-Dirac Distribution Function
14. The Fermi-Dirac Distribution Function
15. The Fermi-Dirac Distribution Function

EL ULTIMO AMOR

En la cumbre de un monte llora un viejo pastor. Sus manos apretujan un pañuelo húmedo en llanto. Los ojos cansinos pierden la mirada en los últimos flameares del sol de la tarde.

De mozo corrió la vida sin temor a nada. Bravo y fuerte, puso a raya a los hombres del llano y a las bestias de la montaña. Su brazo musculoso hizo cejar a cuantos osaron retarle. Su honda certera puso en huida a los lobos hambrientos que en los días de nieve rondan al ganado.

Los cabellos ásperos y canos se arremolinan junto a la frente en rebelión de greñas. Su figura es venerable y feroz. Los ojos tienen el mirar receloso del chacal.

Los años han removido el hondo misterio de sus dolores. Vivió mucho y sufrió duros quebrantos en su vagar por los campos

y cañadas. Los reveses le hicieron hosco y zaino. Odiado de todos, huyó del trato de las gentes y buscó refugio en el monte. Desde entonces es una fiera más, que ruga al ver a las personas.

Su único amor lo tiene puesto en una corderilla mansa y saltarina. Ella come el pan en su mano, vela su sueño con los cálidos vahos del aliento y ofrece sus blancos vellones para que repose la vieja cabeza fatigada. Desde lo alto de los riscos el pastor otea a la oveja, alerta siempre a la traidora embestida del lobo que acecha.

La cordera es la reina del rebaño. En las tristes soledades del pastoreo, el viejo juega con ella, besa su hocico, le da migas de su zurrón, le habla y llora junto a ella lejanos recuerdos que quisiera olvidar. Al morir la tarde y tornar al aprisco, la corderilla bala y brinca sobre el verdor del prado, mientras las demás caminan despaciosas, engullendo la hierba fresca que encuentran al paso.

Apoyado en el grueso cayado de fresno, el serrano mira a todas partes desde lo alto

de una peña. Las tristes memorias de su vida las resume en una maldición. Piensa en Andrea, la mala hembra que le abandonó por el cariño de otro hombre. Después reaparece en su mente, como un ensueño doloroso, la figura de su hijo Lucio. Aquel muchacho ágil y robusto era el único hombre a quien podía descubrir el misterio de sus desdichas. Muerto el hijo y perdido el amor de la mujer quedó como un idiota. En sus correrías por las montañas, sus labios blasfeman y reniegan de la vida.

Cierta mañana un lobo apresó a la cordecilla blanca mientras el viejo dormía a la sombra de una roca musgosa. Gritó la oveja con balidos de terror. Despertóse el anciano con un sacudimiento nervioso que le puso en pie de un salto. Restalló la honda en el aire y una piedra rayó el azul del espacio. Muy lejos vió correr y perderse al lobo y su presa por la mancha oscura de los tomillares.

Los labios del viejo contrajéronse con un fruncimiento de rabia y de espanto. Se le escapaba el postrer consuelo de su alma.

Desde este día sus ojos no se apartan de los tomillares, como si aguardasen la vuelta de alguna ilusión perdida por cuyo rescate daría gozoso la sangre de su cuerpo gota a gota. Por allí huyó en mala hora la compañera de sus días felices. Por allí vió llevarse el cuerpo de su hijo encerrado en un ataúd negro. Y por allí se fué también para no volver jamás, la corderilla blanca, el último amor de su vida.

NOCHE DE LUNA

Por la ladera de la Risca se oye cantar a un hombre. Cada vez se siente más cerca su voz. De vez en cuando se escucha el aullido de algún mastín que ve turbado su sueño por el canto del peatón. Por el sonido se comprende que el cantador camina aprisa, como si le esperase algo interesante en el caserío.

El mozo que canta es Román el *Jotero*, el que *habla* con la María. Tan pronto siente la moza la voz lejana del novio, sube al sobrao y en un periquete se alisa el pelo y se da polvos. Es víspera de Santiago y habrá festejo en la era hasta que amanezca.

Ya está cerca Román. Claramente se entiende la copla que canta.

En el campo lloviendo
mi amor se moja.
¡Quién fuera oliverita
verde y pomposa!

A la puerta de la posada aguarda la gente. La luz de un velón derrama tibias claridades vacilantes sobre el empedrado del corral. Dentro brincan y se persiguen las mozas mientras llega el momento de comenzar el baile. El Tío Natalio, imponente con su enorme blusón de crudillo, trinca fervoroso el almirez para acompañar las tonadas.

Rasguea la guitarra un preludio tumultuoso. Las parejas ocupan sus puestos. El bordón gime la entrada de la copla con bronca vibración. Román canta una jota con toda la fuerza juvenil de sus pulmones.

Molinera, molinera,
que descolorida estás;
desde el día de las quintas
no has dejado de llorar.

No has dejado de llorar,
ni tampoco de sufrir,
molinera, molinera,
de pena vas a morir.

Salen a bailar Mariano y Ángeles, Esteban y la María, el acarreador del molino y la Engracia. Comienza el festejo. El tocador se desborda en rasgueos atropellados, como

si se hubiese vuelto loco de repente. Las parejas hacen crujir los *pitos* al compás de la tonada. Ágiles como gatos, brincan, se retuercen, cruzan las piernas vertiginosamente y doblan el busto con movimientos montaraces. El tío Natalio machaca el almirez con frenéticos repiqueteos. Este instrumento culinario es su gloria. Tocando el almirez es el campeón de todo el partido judicial.

La jarra del párdillo de Arganda refresca los gatzates de músicos, bailarines y miro-nes. Desgreñadas las mozas por el jadear de la danza, descansan en el poyo. Los mozos bromean y fuman alrededor de ellas. Las abuelas descabellan el sueño en los rincones.

Después de una tregua se *echa* la jota de despedida. El vino rompe la cortedad y Román, ébrio de triunfo, se desata con la copla siguiente:

Te quiero como si fueras
cinta de mis alpargatas.
Mira si te quiero bien,
que te quiero por las patas.

La *delicada* ironía del cantar es acogida con estruendosos vivas al jotero. Este, ufano del relieve artístico que tiene sobre sus convecinos, se pavonea pomposo.

El festejo se da por terminado. Pero el copeo sigue hasta que el campo se alumbra con las primeras luces del alba.

IDILIO

Mariano y Florentina son novios. Se ven a todas horas; en la era, en la calle y en la casa. Pero no hablan de amor más que los domingos por la tarde.

Juntos viven sirviendo al mismo amo. En la misma cazuela comen. En el corro de comensales son dos puestos, más bien que dos amantes. [El mete la cuchara en la perola cuando le toca el turno. Ella también hunde la suya en el guiso cuando le llega la vez. Entre ellos no hay miradas que expresen el ardor de la ilusión. Engullen el garbanzo y la tajadilla esmirriada ajenos a toda atracción sentimental. Para esta pareja no guarda dependencia la alimentación con las intrigas espirituales.

Los domingos por la tarde charlan un rato. Florentina se apaña la falda maja y pone más detalle en el alifio del cabello. Ma-

riano se lava en la presa, se muda de camisa y se deja raspar la cara por el barbero de las Vegas.

Sus diálogos son escaramuzas monosilábicas y refunfuños tímidos. Sin trabar palabras pasan largos ratos mirando al campo. De vez en cuando el novio sacude un codazo a la novia para persuadirla de que sólo ella reina en su corazón. Ella, llena de gratitud y de emoción, devuelve al novio la fineza con otro codazo. Hay una tregua breve y los dos se ponen muy colorados. Restablecida la normalidad, vuelven a guardar silencio. Lo importante se lo han dicho ya a codazo limpio, que es un modo tan gentil como otro cualquiera para expresar la intensidad de las pasiones. Florentina envuelve a Mariano en el suave azul de su mirada. Mariano, satisfecho de su suerte, se rasca dulcemente la pelambreira sin quitarse la boína.

Cuando platican lo hacen tan quedo, que apenas si ellos mismos se entienden. En los repentes de vehemencia, Mariano hace a Florentina revelaciones transcendentales.

—Apuesto que llueve dentro de *ná*.

—Está en lo posible.

—Las *mollinaicas* que cayeron esta *ma-drugá paece* que barruntan el temporal. El *Caracol se restriega* los hijares contra el fresno con mucho tesón. De aquí *pá* dos horas verás como descarga el *nublao* aquél que asoma por encima del cerro.

Acerca de la posibilidad de la lluvia discurren el resto de la tarde, sacando deducciones optimistas para los membrillos y muy deplorables para las parvas.

Cierra la noche y todavía siguen hablando de la lluvia, del ganado y de las mieses. En las horas que ha durado el idilio no se han dicho una palabra de amor. En realidad están en lo firme ahorrándose palabrería y prodigándose codazos. ¿Para qué van a perder el tiempo cambiando ternuras amorosas si están convencidos de que se quieren entrañablemente?

EL PRIMER DESCANSO

Los mastines gruñen en el silencio del campo. Por el valle corre el vientecillo serrano, fresco, saludable y con olor a romero. Las esquilas del ganado suenan lejanas mientras los pastores ambulan por los cerros.

Las primeras luces del día doran las gavillas de mieses recién segadas. Poco a poco van llegando los mozos de la labor con las parejas de yeguas y bueyes. Las collalbas y las palomas bravas, brincan desde los riscos a los álamos que bordean el curso del río. Alrededor de las parvas, vuelan bandadas de gurriatos y golondrinas picando en las espigas. Por encima de las viejas casonas, bate el alcotán sus vuelos, husmeando presa menuda en los nidales. La cigüeña raya el azul, cerniéndose en el espacio con las alas blancas y planas, lle-

vando cautiva en el pico una víbora o algún faldón arrebatado de los tendedores de ropa.

En las eras dan vueltas las yuntas sobre las parvas. Los mayores las alientan haciendo restallar los látigos.

—¡Arrea, ya, *Riojana!*

—¡Riá, *Generosa,* mala bestia!

Las mujeres, inmóviles en los trillos, aguantan mansamente la lumbre que cae del cielo. Llevan las riendas con la vista puesta en el lecho de paja reluciente para dirigir las rodadas.

Salta viento solano. Los hombres hunden las horcas en los montones y aventan la mies. Los tallos secos vuelan como guiones de oro y el grano cae al suelo en lluvia oblicua.

Por la trocha que baja del monte se ve venir entre la maleza de chaparras a la moza del molino, con la borrica y el enorme sombrero de paja, resguardando su cabeza de la implacable lumbre del sol. En las alforjas lleva el almuerzo para la gente del tajo. La hogaza morena, la marmita con la fritanga y la jarra con el vino, un vinillo

tinto de mucho cuerpo que se *pega* al paladar y no encrespa el juicio.

Los trabajadores sueltan los aperos y se limpian el sudor del rostro con el revés de la mano. A la sombra de una encina centenaria, estas buenas gentes llenan el estómago y remojan el gaznate para cobrar fuerzas y volver con nuevos bríos a la faena después de un breve descanso.

LA MOZA DEL MOLINO

Angeles es fuerte, ágil y brava. Lo mismo azuza a los mastines, que salta los setos o gobierna los bueyes. De un brinco, trepa a los lomos de las bestias y se encarama sobre las maquilas. Con la yegüa del acarreador, galopa por las laderas como una centella cuando hay que dar algún recado urgente, llamar al médico de Zarzuela o avisar a la curandera de las Navas para que asista a alguna vaca.

Con su pavero de paja, guía los trillos bajo la lumbre del sol. Al mediodía va al caserío en la jaca y recoge las provisiones. En las noches blancas de luna, ronda las eras vigilando las gavillas y los montones de grano. Muy de mañana está alerta en el puente para ver pasar a la recua.

Es quebrada de color y enjuta de carnes. Sus ojos claros y astutos, son prontos para

comprender los gestos. A los requiebros de los mozos que van con molienda responde siempre con secos remilgos.

—¡Quita *d'ahí, espanchurrao*—, les dice dando cabriolas de gata montesa.

Yo la he visto una tarde coger peces y cangrejos en la presa. En el río, nada como una nutria. Chapotea en las charcas y saca puñados de bermejas, cachos y barbos, que relucen como la plata al herirlos los rayos del sol. Enganchándose en las ramas se sube a los árboles para sorprender nidos y coger los frutos maduros.

Angeles tiene un buen pasar. Algunos de los mozos que van al molino la cortejan. Pero ella, engreída con su hacienda, se cree superior a ellos y los desdenea con respuestas agrias y concisas. Por ahora no piensa en galanteos. Es todavía muy joven y tiene que cuidar del gobierno de la casa porque el abuelo está bastante quebrantado de salud.

No es que Angeles no sienta aún bullir en su sangre los ímpetus gloriosos del amor. Angeles suspira en silencio por el hijo de un

POR TIERRAS DE CASTILLA

rico labrador que va a moler a la casa del abuelo. El mozo y ella se miran con fijeza, pero sin extremar ninguna palabra dulce que ponga remate a sus cortedades. Más parecen regaños sus diálogos, que arrullos de enamorados.

Yo comprobé el amor de Angeles, por una observación casual. Sintióse el mozo fuertemente agravado en una dolencia que padecía de antiguo, y fué llevado a Madrid para que lo reconocieran los doctores del hospital. Acompañado de su padre, partió una tarde de Agosto. Mientras duró la ausencia, quedó Angeles abatida y triste. No se esmeraba entonces en aliñarse el cabello castaño y lacio. Tampoco galopaba alegre en la jaca del acarreador rezongando viejas coplas del país. Sus ojos miraban constantemente a la sierra de Otero, por cuyo pie corre el tren de Madrid. Y cuando guiaba el trillo en el fuerte del calor, entornaba los ojos y abandonaba las riendas para entregarse a la melancolía de un sueño de amor.

EL MOLINERO

Con su corpachón gigantesco y su voz tonante, parecía el patriarca de Guijasalvas, caserío anejo al municipio de Valdeprados. El tío Mariano era popularísimo en todos los campos de la provincia de Segovia. El molino y la casa de labor se tienden sobre la margen del río Moros, en un valle verde que arranca en la *Risca* y remata en el puente de la carretera de Villacastfn. En esta selva deliciosa que constituye lo que pudiera llamarse el señorío feudal del molinero, pastan los ganados. Bajo la sombra de los chaparros y los álamos desgrana el río su canturria entre violetas silvestres, mientras los ruiseñores pían en torno a los nidales.

El tío Mariano, con sus setenta años y su buena carga de achaques, regía su hacienda. Personalmente recorría las tierras to-

dos los días del año. Dirigía la recolección. Trataba con los marchantes en las ferias. Regañaba a los gitanos que trataban de robarle juncias para hacer canastas. Y esgrimía un grueso garrote de fresno para imponer su autoridad a las caravanas de gitanos que acampaban en sus dominios.

Se acostaba temprano, apenas anoche-
cía, después de rezar devotamente el rosa-
rio con la familia y los criados. Antes de
amanecer ya estaba en pie. Cuando salía el
sol retumbaba su voz en las eras. A las
once regresaba al molino y se zampaba un
gran vaso de vino fresco para entonarse.
Antes de echar la siesta arreglaba los biel-
dos, los horcones y las cuñas de los arados.

Su experiencia de la vida era grande. En-
cerrado en su cazurrez campesina, tenía ra-
zones luminosas para evadirse gentilmente
en los tratos que no le reportaban ventajas
seguras. Para cada lance tenía siempre una
anécdota a flor de labio. De su boca salían
los refranes a racimos.

Ante una jarra de vino le he oído referir
sus andanzas de mozo. Los finales de pá-

rrafo los ilustraba con tragos largos y golosos. A cada sorbo chascaba la lengua poseído de un goce supremo.

Su flaco fué siempre el vino y la carne. Con orgullo declaraba que no hubo en quince leguas a la redonda quien le hiciera competencia bebiendo. La bebida blanca no le tiró nunca. Un dedalito de aguardiente lo ponía bascoso y lo tumbaba al momento. En cambio bebía el pardillo de Arganda por azumbres sin sentir el más leve mareo.

—Con el vino que tengo bebido en mis setenta años de vida—afirmaba cachazudamente—podrían moler mis piedras quinientas fanegas de trigo diarias, durante seis meses, y aún sobraba vino de largo.

El tío Mariano no fué en sus últimos años ni sombra de lo que había sido en otros tiempos. Siendo joven se engullía un lechón asado de una sentada, rociándolo con media arroba de vino. Después iba a moler tan sereno como si se hubiese tomado un vaso de limonada. Con los años y el trabajo se resintió mucho su estómago. En su vejez comía lo indispensable para man-

tenerse derecho. Con una tortilla de dos huevos, un kilo de chuletas, una fuente de ensalada y tres bollos de aceite, estaba despachado al mediodía.

Su genio fué abierto a la expansión y a la broma. Siendo mozo se sintió una vez carlista al rematar una noche de ronda. Alentado por el mosto entró triunfalmente en Segovia dando gritos sobre el albardón de su mula. En la Plaza Mayor lanzó un estruendoso *¡Viva Carlos Chapa!* con toda la fuerza de sus pulmones poderosos. Un sereno lo reconoció y en vez de detenerlo como sedicioso, lo llevó a que le aplicaran el amoniaco. Con este episodio se apagaron para siempre sus hervores dinásticos.

Con sus achaques de setentón y su imponente gordura abacial, todavía se permitía en sus últimos años decir chungas cuando alguien le animaba. Repantigado en su ancho sillón de roble con espaldar de cuero, presidía la mesa y contaba viejas fábulas de lobos y caminantes, espantando con una rama de verdeguera a las moscas que rondaban la cazuela del guisado.

LAS FLORES DE MAYO

El altar mayor brilla como un ascua. Las luces que tiemblan en el graderío del retablo semejan estrellas sobre un cielo de oro.

En el atrio esperan los hombres dando las últimas chupadas a los cigarros. Encorvados y cansinos forman corro junto a la puerta. Con voz queda comentan el caríz de la cosecha. Algunos puntualizan sus temores respecto a la guerra. Han oído hablar de ello en el *Azoguejo* y afirman gravemente que la cosa está poniéndose muy mala. Los demás asienten con su silencio a estos pesimismoes.

Sucesivamente van llegando las mujeres. La María, la alcaldesa, la señora Rafaela, la madre del señor cura, la tía Nemesia..... Morenas y enjutas, bajo la mantellina de terciopelo, como los tipos cenceños de Zu- loaga y Chicharro, parecen sombras es-

pectrales que se deslizan por una franja de sol.

Es la hora marcada para la función. En el presbiterio se acomodan los de *justicia* y el señor maestro. Muy solemnes con la representación que ostentan, se arrellanan dignamente en los sillones.

Aparece el señor cura con una flamante capa pluvial que apenas deja entrever el encaje del alba por debajo del filo del tisú. Dos monagos le preceden con los ciriales. Las tachuelas de sus zapatones rechinan en las baldosas del pavimento con una estridencia que eriza el vello. Los rapaces sienten la vanidad de la vestimenta y se engallan en el ejercicio de su misión.

El órgano, un viejo órgano del siglo XIII, lleno de parches y atadijos, dispersa por el templo la melodía de unas escalas litúrgicas. En la tribuna se siente el jadear asmático de sus fuelles movidos desesperadamente por los mozos. Un centenar de voces entona la canción de Mayo:

Venid y vamos todos
con flores a porfía,

POR TIERRAS DE CASTILLA

con flores a María,
que madre nuestra es.

Los niños que van a hacer la primera comunión se adelantan hacia el altar y se posttran ante el ara para adorar al Santísimo. Los muchachos lucen la ropilla de gala perfumada con cortezas de membrillo. Siguiendo la usanza clásica de los pueblos, los mayores llevan unos calzones largos que resultan demasiado cortos y los más pequeños unos calzones cortos que resultan demasiado largos. Las niñas visten el traje blanco de desposadas. Por los bordes de las enaguas almidonadas asoman los recios brodequines de ternera con suelas enormemente gordas.

Repiquetea la campanilla. Las nubes de incienso desdibujan las figuras. Reina un silencio devoto. Por la nave se esparce un olor fino y santo.

Antes de administrar el Sacramento, el señor cura se cree en el caso de explicarlo para que las criaturas reciban la hostia con plena conciencia de su valor. Para lograrlo habla de cosas divinas, hiladas en párrafos

gentiles que enternecen a los fieles. De vez en cuando intercala frases de algún evangelista entre los pensamientos de su cosecha para dar a la plática sabor erudito. El maestro se repantiga en el banco para no perder sílaba del sermón. Con las manos cruzadas sobre el vientre oye y medita. Las mujeres abren los ojos para entender mejor. Los hombres oprimen el pabellón de la oreja con la mano extendida para hacer bocina y escuchar mejor la parla.

Terminada la plática, forman los niños en fila delante del altar mayor. Las madres se estrujan para presenciar la ceremonia y contemplar de cerca a sus pimpollos.

El señor cura administra el pan de los ángeles con toda unción, mientras en el órgano del siglo XIII interpreta Mariano el sacristán una sinfonía mística.

Cuando acaba el culto sale la gente a la calle. Al cobijo del pórtico se resguardan las mujeres de los ardores del sol. Los hombres se alínean en dos hileras formando callejón. Por entre ellos salen las criaturas que han comulgado; los muchachos fuertes

y ágiles con las caras tostadas por los chicharreros del campo y las zagalonas molludas y bermejas con sus buenos mofletes inflados de salud.

El desfile se interrumpe unos minutos con unas carreras de la gente. La novilla del juez se ha soltado del pesebre, y da unas tainas por la explanada de la iglesia. Sus retozos ponen espanto en las madres. Algunas se refugian aterradas en la casa rectoral.

Es mediodía. La morralla se desperdiga por las calles pidiendo cuartos para la merienda. Los muchachos dejan las gorras en sus casas, y las niñas se despojan de los velos para andar más sueltas. A una chiquilla se le derrite la vela con el calor de la mano. Al entregársela a la madre, sale el guante de algodón pegado a ella.

La colecta es ópima. El maestro obsequia a la chiquillería con dos perras gordas para confituras. El secretario les regala media docena de huevos cocidos. El señor cura les da un poco de manzana.

El alborozo es general. En el ambiente

A L B E R T O C A M B A

flota un succulento tufillo a cordero asado. Por la tarde llega a su colmo el festejo. Los muchachos con sus trajecillos majos, triscan como recentales en la era y ponen liga a los gurriatos en la fuente. Las chiquillas, ataviadas con las blancas galas nupciales de la ceremonia, se van al prado a coger grillos.

EL BAUTIZO

Cae el sol a plomo. La campana de la iglesia abre un paréntesis de vida en la paz del campo. Por la calleja tortuosa aparece Felipe, aplastado bajo su capa de novio, una imponente capa de paño imperforable. A su lado van el padrino y la madre con el niño en brazos.

Lentamente avanzan por la cuesta hasta detenerse en el atrio de la iglesia. En lo alto de la escalinata aguarda el señor cura, revestido de roquete y estola, acompañado de Mariano el sacristán. A la puerta del templo recita el sacerdote una oración para que la madre se purifique y pueda entrar la criatura en la casa de Dios como manda la Santa Madre Iglesia.

Antes de comenzar la ceremonia se posttran los padres ante el ara. Después se dirigen a la pila del bautismo y se dan al crío las abluciones de precepto. Ahogándose

bajo la capa, se ve sudar torrencialmente a Felipe. Su tez morena amarillea lustrosa al inquieto resplandor de los cirios. Por las ventanas del coro entra el chirrido tenaz de las cigarras.

En el silencio de la iglesia rumorea el señor cura, con voz opaca:

—¿*Abrenuncia Satanás?*

—*Abrenuncio*—, responden todos.

De repente rompe a llorar el chiquillo. Felipe saca de debajo de la capa un caneco con agua templada que lleva a prevención para que la criatura no se acatarre. Con este agua llenan la concha y la vierten sobre la pelada testa del neófito.

Vuelven después al altar. Mientras el señor cura reza una oración, Mariano esparce por la nave el agrio sonsonete de un canto litúrgico, ilustrado con copioso pedrisco de latines.

Para celebrar el bautizo nos trasladamos a la taberna de la Segunda y nos sentamos en el poyo de la puerta, bajo el ramo de laurel seco y las argollas donde se atan las caballerías.

POR TIERRAS DE CASTILLA

Allí charlamos largo rato. Felipe se despoja de la capa y respira a pulmón lleno, libre de la espantosa prenda. Corren de unas manos a otras los vasos con cerveza clara de Santa Bárbara y la fuente de los bollos. Al despedirnos felicitamos a los padres, deseándoles salud para criar al chico y verle hecho un hombre. Como recuerdo del bautizo nos obsequian con cartuchos de peladillas y anises.

Es la hora de la comida. La gente de las eras se recoge a sus casas. En el cielo, la brasa redonda del sol derrama sobre el campo claridades calizas. El señor cura con la sotana arremangada a la cintura, trota en su yegua baya, perdiéndose en la polvareda del camino.

EL TIO VENANCIO

Es el tipo clásico del campesino castellano. Cuenta tres duros y medio de edad y todavía tiene alientos para labrar la tierra y escardar las mieses.

Los años y el trabajo han curtido su piel. Las manos ásperas están surcadas de grietas profundas. La boca conserva los dientes precisos para triturar penosamente la hogaza de harina de todo pan que amasa la mujer una vez por semana. Es menguado de cuerpo. En sus ojillos azules arde la llama de una resignación noble y mansa. Toda su vida la pasó mirando al cielo con avidez escrutadora para descubrir el misterio de las nubes. En fuerza de mirar tanto arriba, conoce el camino de los luceros, los sortilegios de la luna y la medida del tiempo en el reloj del sol. En el silencio hondo de las noches espía las lluvias que han de fecundar a la simiente.

Hubo años en que la venta de la cosecha no alcanzó para pagar la renta. Un pedrisco destruyó la labor de un año en media hora o un calor prematuro arrebató el grano en los días primaverales. Después de volcar sobre la besana el sudor de su cuerpo y los alientos de su alma, llegó Agosto y no pudo recoger un haz. Su panera se vió vacía. Sobre la tablazón del piso yacían amontonados los aperos sucios y roñosos. El buen viejo supo dominar su dolor y contener el llanto, sin exhalar una queja ni proferir un grito de rebeldía contra su suerte. Mientras él moría de hambre en un rincón de la cocina, junto al llar sin lumbre, el administrador del *amo*, un hombre servicial, de corazón endurecido para los de abajo y de espinazo flexible para los de arriba, le apremiaba para que cumplierse pronto su compromiso. No era justo que dejase de pagar lo que debía a quienes vivían ociosos y felices de lo que daban las tierras que él regaba con su sudor. Si la labor no había producido lo suficiente o si el cielo no había querido echar agua sobre los campos,

no era culpa de los señores de Madrid.

El tío Venancio viste a la usanza típica del país. Calzón corto. Ancha faja de lana. Alpargatas en verano. Albarcas en invierno. Y gruesas botazas claveteadas cuando sale al monte para apañar leña. El día de la función se planta su capa de mozo, prenda antiquísima hecha con paño de Santa María de Nieva, fuerte y duro como el cartón, que cruje al estrujarlo.

De su rala cabeza jamás desapareció el calañés de terciopelo negro con borla al costado. Sólo una vez, en la feria de Segovia, se permitió cubrir su testa con otra clase de sombrero. Un inglés de los que tienen la chifladura de comprar objetos históricos en los tenduchos de Toledo, en las traperías de Avila y en las baraterías de Granada, le ofreció por su mugriento calañés un flamante sombrero flexible y siete pesetas encima. Una extravagancia de esas gentes que en todo ven notas de color regional. El tío Venancio aceptó el cambio y volvió al lugarejo con su calzón corto y un magnífico sombrero frégoli sobre la tapadera de los sesos.

La caza es la más horrible pesadilla del tío Venancio. Conejo que descubre lo despacha en el acto de un golpe de hoz sin importarle que sea padre o cría. Los conejos son su ruina. Los tallos que muerden se secan y pierden. En la boca llevan la maldición del diablo. Por eso los odia a muerte. Cuando el grano rompe la corteza de la tierra y aparecen las *porretas*, el tío Venancio anda al atisbo de los conejos para perseguirlos y rematarlos.

El mismo en persona se encarga de dirigir los ojeos en las cacerías de los señoritos. Conocedor del terreno palmo a palmo, hurga en las bocas de los vivares con su garrota ferrada. Con roncós gritos anima a los mozos para que sacudan bien los zarzales y espanten las piezas. En su afán de exterminar la casta maldita no siente fatiga. Trepá gateando por los breñales como un chicuelo valeroso y ágil. Si algún cazador yerra tiro, el tío Venancio se pone furioso y se rasca las greñas con desesperación.

Cada conejo muerto es un enemigo que desaparece y unas cuantas espigas que se

salvan. Unicamente con ellos es con quien revela un instinto sanguinario.

Bromeando con él, le dije en cierta ocasión:

—¿Pero cómo es posible que siendo usted tan buen cristiano, sea tan implacable su odio a los conejos? Ellos también tienen derecho a vivir, porque para algo son hijos de Dios.

En los labios del anciano tembló una extraña sonrisa irónica.

—Los conejos son maldiciones del demonio que caen sobre el campo para perdernos a los pobres. No merecen perdón. Hay que acabar con ellos.

Yo he bebido con el tío Venancio un vaso de vino en un mesón lóbrego y miserable, que a la vez es casino, peluquería y centro de ajustes. Después de echar un trago lo he visto relamerse satisfecho y enjugar la palidez senil de los labios con el revés de la mano. Embebidos con la charla hemos apurado unas jarras de pardillo. A preguntas más, inquiriendo los secretos de su alma, lo he visto sonreír con un rictus

doloroso. Al hablarle de los días que están por llegar, el buen hombre ha abatido la cabeza venerable sobre el pecho. Hundiendo el mentón en la palma de la mano, parecía soñar con la muerte.

El tío Venancio sabe sufrir en silencio. Ya va estando bastante gastado para las faenas del campo. El día no lejano que sus piernas flaqueen y los brazos se doblen al peso del azadón, morirá como un perro sobre el duro camastro de su choza. De su paso por la vida sólo quedará el hondo desconsuelo de su anciana compañera y las lágrimas de algunas viejas momificadas y rezadoras.

Yo siento una profunda devoción por este pobre esclavo de la tierra que no sabe odiar ni maldecir, porque dentro de su alma tiene la honradez un altar.

LA TIA NEMESIA

La tía Nemesia es una mujer con aptitudes prodigiosas. Cura empachos de estómago, recita versos de santos, amasa bollos y asiste a partos. Además comparte con el marido las faenas de arar la tierra, espiar los sembrados y aventar el grano. Si alguien la hubiese dado nociones de Preceptiva literaria es posible que a estas fechas tuviese compuesto algún libro trascendental. Si la hubieran llevado al Conservatorio, tengo la evidencia de que hubiese llegado a cantar romanzas preciosas.

Tiene cumplidos los setenta años y es alta, derecha, jovial. El valor del tiempo lo aprecia con exactitud rigurosa. Cabalgando en su burra la he visto hacer calceta mientras iba a las Vegas para asistir a una parturienta. En la casa es un ama de gobierno ideal. Trabajando destripa los minutos has-

ta sacarles rendimientos inverosímiles. Ella cuida de las gallinas, echa los piensos al ganado, repasa la ropa, cuece las hogazas y todavía le queda tiempo para hacer novenas.

Yo he tenido la fortuna de escuchar sus predicaciones religiosas, oyéndola recitar vidas y milagros de santos, he pasado ratos deliciosos. Cuando hace *función*, las buenas comadres del pueblo invaden su casa. Sobre el arcón coloca un cromo de la Virgen de la Fuencisla y una lamparilla de aceite. Muy poseída del importante papel que desempeña, se sienta en el centro de la sala. Por entre sus manos rugosas, resbalan las cuentas del rosario al rún rún de un ténue cuchicheo.

Los versos que afluyen a sus labios están decorados con un latín macarrónico. Lo primero que hace cuando dedica una oración a un santo, es fijarse en la terminación del nombre para buscarle consonante. Así, por ejemplo, si es a San Exuperio a quien trata de enfiar el chorro de su elocuencia devota, aparta en un rin-

POR TIERRAS DE CASTILLA

cón de la memoria las voces *misterio*, *cautiverio*, *salterio*, *cementerio*, etcétera, como materiales de construcción para perfeccionar el canto. Combinando a placer las voces enumeradas, repentiza poemas en esta guisa:

¡Bendito San Exuperio
cuya vida es un misterio!
Seas por siempre alabado
y de todos adorado.

¡Glorioso San Exuperio,
librado del cautiverio!
En la sangre de tus venas
se inflamó la gracia plena.

En esta torma pintoresca urde sus biografías religiosas hasta que se le agotan los consonantes. Algunas veces tiene que interrumpir los sermones para dar un vistazo a la cocina. Mientras avía la lumbre discurre cosas raras y vuelve con una retahíla de pasajes extraordinarios que atribuye bonitamente al santo de tanda.

Las mujeres del pueblo acogen estas narraciones con fervoroso recogimiento. Después de sus arrobos místicos, la tía Ne-

mesia se zampa orondamente un vaso de vino y chasca la lengua con estrépito en señal de satisfacción por haber cumplido con celo sus deberes de buena cristiana.

EL SACRISTÁN DE VALDEPRADOS

El sacristán de Valdeprados es un prodigio rural. La universalidad de sus aptitudes maravilla a los temperamentos menos impresionables. Realmente puede decirse de él que es un hombre que aprovecha para todo. Con celo incomparable cuida del arreglo de la iglesia, ayuda a misa, repica las campanas, toca el órgano, reparte el correo, actúa de alguacil en el juzgado, auxilia al señor maestro en la noble tarea de descortezar entendimientos infantiles y en los ratos libres que le dejan sus cargos oficiales, coge peces en el río. Hasta para la procreación es un hombre extraordinario. Antes de cumplir los cuarenta años vió alegrado su hogar por una tropa de ocho chiquillos que son ocho fieras para el pan. Esta prole que a otro hombre hubiese llenado de congoja,

no ha producido a Mariano la menor desesperación.

Mariano es el funcionario público de más relieve de todo el término municipal. Nadie que no posea una actividad como la suya, fragmentable hasta lo inverosímil, podría jamás igualarle. La totalidad de sus devengos diarios apenas llega a tres pesetas. A esta suma que pone de manifiesto la miseria con que el Estado español retribuye a sus servidores, acopla su presupuesto doméstico con tanta prudencia, que cubre modestamente sus necesidades sin deber nada a nadie. A pesar del constante aperreo de su vida para sacar adelante a la familia, nadie le ha visto nunca poner el ceño hosco. Mariano sonrío siempre con una bondad seductora que en ocasiones más bien parece mueca irónica, que expresión jubilosa.

Mariano no tiene vicios conocidos. El vino apenas lo prueba. Su flaco, lo que pudiera llamarse su afición dominadora, es la música. Por la música siente una pasión irresistible. ¡Lástima que la voz no acompañe a sus entusiasmos! De ser así, hubiera

sido seguramente una gloria del arte lírico. Su voz es agria y cortante como el filo de una sierra. Cuando trata de cantar, chilla. El menor pretexto, un bautizo, el cumpleaños de algún vecino, la llegada de un forastero, etc., lo aprovecha para desbordarse en gorgoritos. Primero empieza por dejar escapar un hilito tenue, casi imperceptible, como un débil vagido. Poco a poco, según va sintiéndose fuerte en sí mismo, comienza a forzar la intensidad del sonido que sale de su garganta. A medida que entra en la música va cundiendo el espanto en el auditorio. Cuando consigue romper la cortedad, se desata en una forma terrible. Los días solemnes se congestionan en los calderones durante la misa mayor. Cuando acaba de cantar una antifona queda completamente extenuado. Aquel día se reparte la correspondencia con retraso.

Yo le he visto el día de la Inmaculada tocar el órgano en la iglesia. Alentado por la presencia de algunos forasteros y creyendo alcanzar un éxito retumbante, se desgarró en trémolos pavorosos. En las notas gra-

ves ponía el semblante muy tétrico y ahuecaba la voz en tal forma, que más que alabanzas rendidas a Dios por un ser humano, parecía su canto la querella sentimental de un becerro. En las notas agudas se apoyaba desesperadamente en el teclado, alzándose sobre los pedales para levantar más el gallo, y como si le acometiera un frenesí rabioso, abría la boca hasta enseñar las amígdalas, hinchaba las venas del cuello y se entregaba totalmente a la emoción del canto.

Otra de las aficiones predilectas de Mariano, es la pesca. En el bolsillo de la chaqueta lleva siempre los útiles de pescar; el hilo, los anzuelos, el plomo, el corcho y las migas de pan o las lombrices de tierra. Sentado a la orilla del río o junto a la balsa del molino, pasa horas enteras esperando bondadosamente que a alguna trucha candorosa se le ocurra engancharse en su anzuelo. Más de un domingo ha tenido que retrasarse la hora de la misa porque Mariano estaba ultimando la captura de algún barbo rebelde que se resistía a morder el cebo de su aparejo.

En cierta ocasión tuvo que ir a unas tierras situadas a tres kilómetros del pueblo para levantar el cadáver de un labrador que había muerto repentinamente a consecuencia de una insolación. Aceleradamente salió de su casa sin detenerse siquiera a recoger el sombrero para no perder tiempo. Carleando caminaba por la cuesta arriba con un rollo de papeles debajo del brazo para unirse al juez que ya había salido en burro para el lugar de la *ocurrencia*. A mitad del camino sintió chapotear a un bicho en el agua del río. Se detuvo. Atisbó. Dejó las actuaciones judiciales en el suelo, sujetándolas con una piedra para que no las volara el viento, y sacó los chismes de pescar. La ocasión no era para desperdiciarla. Durante media hora estuvo porfiando bravamente con un hermoso pez hasta apoderarse de él. Después reanudó el viaje, apretando el paso para no retardar más tiempo el levantamiento del cadáver.

Aparte del vicio abominable que siente por el canto y por la pesca, es un hombre bueno, franco, honrado y complaciente. Celoso

so en el cumplimiento de sus deberes, lo he visto trepar por los pedregales del cerro Torralvo en las mañanas del invierno, aguantando impasible la nieve y el cierzo para recoger la correspondencia en Otero. Temblando de frío y con la ropa calada se ha sentado junto al fogarín de la cocina para entrar en reacción, al tornar a su casa. Luego, se ha puesto al armonium y ha comenzado a ensayar un motete para recibir lucidamente al señor Obispo el día de su visita pastoral.

A CAZA DE LIEBRES

Antes de romper el día salimos de Valdeprados, formando una caravana pintoresca. Don Miguel, el administrador del señor duque, monta un rucio esquelético sobre cuyo lomo se escurren los bastos del albardón. Telesforo, el secretario municipal, cabalga en un brioso pollino de su pertenencia. Manolo el de Madrid, muy grave con sus lentes de oro y un pujante divieso en el cuello, luce sus habilidades de jinete en la burra vieja y derrengada del tío Venancio. Detrás marchó yo luchando heroicamente para que ande aprisa un jumento remolón, propiedad del estanquero.

La mañana es clara y fresca. A pesar de la temperatura, yo sudo de un modo horrible para que no se rezague la bestia que me conduce. Cruzamos las eras. Dejamos a un lado el término de la Magdalena y en-

filamos nuestra ruta a Fuentemilanos. Durante la jornada, nos ocurren algunas peripecias. Al pollino que lleva don Miguel, se le vuelca la montura y rueda el jinete por el suelo. Cerca del pueblo tenemos que arreglarle el vendaje a Manolo. Con el ajetreo de la marcha se le ha torcido la gasa, despegándosele el parche de unguento que lleva pegado al pescuezo.

En Fuentemilanos desayunamos con café y sopas de hogaza reciente. Tras un breve descanso para *refrescar la pelvis*, como dice Manolo, reanudamos la jornada por entre pinos y chaparros. Cerca del río salta un bando de codornices, al sentir los pasos de nuestras acémilas. Un alcotán remonta sus vuelos sobre los campos recién segados.

Ya está bastante alto el sol, cuando llegamos a Madrona. A la entrada del pueblo nos aguarda en su jaca garatera don Frasquito, hombre de altivo empaque, que lo mismo regenta una escuela que actúa de muñidor en las elecciones. Después de los saludos consabidos, requerimos las armas



y las municiones, dispuestos a no dejar liebre con cabeza. A mí me adjudican una escopeta de dos cañones, vieja y robinosa. Por su peso y por su tamaño debió pertenecer a alguno de los defensores del Parque de Monteleón. Para colmo de desdichas, no funciona el disparador derecho.

En plan de ataque se adelantan los ojeadores con los perros. Detrás de ellos marchamos nosotros, desplegados en ala, con un frente de doscientos metros. A poco de comenzar el avance, dispara don Miguel y cae una liebre. Caminamos sigilosamente a campo traviesa, pisando quedos para que no salte la caza antes de tiempo. La sequía de todo el verano hace que cruja el terreno. Seguimos marchando por terreno despejado. De vez en cuando se oyen las voces de los ojeadores:

— ¡Ahí va la liebre...!

La línea de fuego rompe en una descarga furiosa. Por entre los surcos vemos correr como una centella a la liebre fugitiva, perseguida por los perros. A los pocos instantes la vemos trasponer una loma

con una carrera desenfundada. Perdida la presa tornan los galgos a nuestro lado con el rabo lacio, la lengua fuera y la respiración fatigosa.

Frente a mí se detiene un magnífico conejo. Lleno de emoción, me echo la escopeta a la cara y no sale el tiro. Con la precipitación me he olvidado de que estaba roto el disparador derecho y he dado tiempo para que el bicho se aperciba de mis intenciones y salga huyendo. En esta guisa continuamos la batida. Los demás cobrando conejos, liebres, tórtolas y perdices. Yo equivocándome a cada momento de disparador y dejando que se escapen las piezas.

A media mañana llega la cacería a su apogeo. Hacemos fuego contra todo lo que vemos moverse en el aire y en el suelo. El olor a pólvora embriaga nuestros sentidos. Disparamos rabiosamente, por descargas cerradas y a discreción sin discreción, como si en vez de acometer a pobres animalitos indefensos atacáramos a escuadrones de coraceros. Por kilogramo mas o menos

POR TIERRAS DE CASTILLA

de pólvora, no reparamos. El gasto está hecho y nos proponemos consumirla toda.

En una de las batidas se destaca Manolo del resto de los cazadores. Bajo un zarzal ha visto meterse a un conejo. Cautelosamente, se acerca a la mata. El perro que está de muestra, aulla al ver salir a la pieza y Manolo hace fuego. Con la sacudida del disparo, queda Manolo fuera de combate. Los lentes ruedan por el suelo y durante unos momentos tiene que andar a tientas hasta que se los hace descubrir un rayo de sol que se refleja en los cristales.

A las cuatro de la tarde hacemos alto y descansamos a la sombra de una encina por cuyo pie corre un arroyo. Allí nos tienen preparada la comida. La paella amarilla ilustrada con cangrejos, pollo y pimientos encarnados, presenta un aspecto patriótico. Contemplando la cazuela parece que vamos a engullirnos un pedazo de la bandera española.

A los postres, cuando encendemos los cigarros, se levanta un viento huracanado. Por la parte de Segovia avanza rápidamente

te un nubarrón negro. La fosforescencia de los relámpagos acobarda a las caballerías. La jaca de Don Frasquito se encrespa y rebota. El trueno rueda por las sierras con espantoso tableteo. Un fuerte aguacero nos pone en desbandada.

Huyendo de la tormenta, que cada vez se muestra más imponente, nos precipitamos por la ladera. Las bestias saltan aterradas los setos y las zanjas llevando a los jinetes como peleles. Al calor de la lumbre nos secamos las ropas en el caserío. Manolo ocupa todas las sillas con la chaqueta, la camisa, los calzoncillos, hasta quedarse en cueros. Los demás nos resignamos santamente con el tibio calor de la estancia.

Antes de que la noche se eche encima emprendemos el viaje de vuelta. Calados hasta los huesos nos disponemos a montar en nuestras bestias. Para que entremos en calor nos prestan los colonos sus capotes de monte. Nuestros pollinos frotran sin perder aliento, espantados por el fragor de la tormenta lejana que a nuestra derecha prende en las cumbres la luz cegadora de los

POR TIERRAS DE CASTILLA

relámpagos. Nuestro regreso es triste como el de un ejército vencido. Vamos cuesta arriba y parece que caminamos movidos por la fuerza de un poderoso motor eléctrico.

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the growth of the nation to its present position. The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1789 to the present time. It covers the early years of the Republic, the struggle for the abolition of slavery, the Civil War, and the Reconstruction period. The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1865 to the present time. It covers the Reconstruction period, the Gilded Age, the Progressive Era, and the modern history of the United States.

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the growth of the nation to its present position. The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1789 to the present time. It covers the early years of the Republic, the struggle for the abolition of slavery, the Civil War, and the Reconstruction period. The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1865 to the present time. It covers the Reconstruction period, the Gilded Age, the Progressive Era, and the modern history of the United States.

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the growth of the nation to its present position. The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1789 to the present time. It covers the early years of the Republic, the struggle for the abolition of slavery, the Civil War, and the Reconstruction period. The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1865 to the present time. It covers the Reconstruction period, the Gilded Age, the Progressive Era, and the modern history of the United States.

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the growth of the nation to its present position. The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1789 to the present time. It covers the early years of the Republic, the struggle for the abolition of slavery, the Civil War, and the Reconstruction period. The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1865 to the present time. It covers the Reconstruction period, the Gilded Age, the Progressive Era, and the modern history of the United States.

TRATO DE BODA

Ha cerrado la noche. Como hostia de plata brilla la luna en el cielo. La familia del mozo llega a la casa de la novia. Sobre los hombros del padre se balancea la recia capa de paño de Santa María de Nieva. La madre abulta la rechonchez de las caderas con cuatro gruesos refajos de colores chillones. El novio, forrado con la faja de lana negra, se muestra encogido.

Siéntanse todos a la puerta de la casa y comienza el trato. Antes de empezar hay un silencio embarazoso. Con tono solemne rompe a hablar el padre del novio, después de hurgarse parsimoniosamente las narices para entrar en materia con más desenvoltura.

—Ya saben *ustés* a lo que se viene. *Asín* es que *cá* uno puede decir lo que sea del caso.

—Conformes. *Prencipie usté.*

—*Giéno*; pues mi hijo *tié pa* su chica de *ustés*, cuarenta duros, una yunta, el arcón, el *reló* de pesas y cinco *obrás* de tierra de labrantío en el soto del Tomillar.

—Poco dinero nos *paece* la tasa. Nuestra hija también lleva lo suyo. No va *esvalijá*. A la cuenta que lleva más de lo que le dieron a la hija del tío Pelines. El novio dió por ella mil reales en moneda contante, unas tierrecillas y una *pearra* de cabras. No es engreimiento el nuestro, tío Camilo. Pero bien merece la moza que se alce algo el precio. Sannota, juiciosa, *apañá* y *giéna* cristiana lo es a carta cabal, sin hacer de menos a nadie.

—Está bien. Yo creo que *tó pué* tener arreglo, habiendo *giéna* voluntad *pa* el trato. ¿No es *asín*?

—En eso estamos, *recontra*.

—Entonces *ustés* dirán lo que debe valer la novia.

—Lo menos que debe valer son setenta duros. ¡Vamos, me *paece* a mí que eso es ponerse en razón y no estirar el valimiento de la moza *pa* llegar a *gién* remate!

—Es *mu subía* la tasa. Yo no *pueo* con tanto. La renta que pago al administrador del señor conde, no me permite dar esa cantidad. El año ha *sío* malo y la labor ha *venío mu mermá*. El *helazo* de Abril me *de-rrengó*. Yo creo que con ochocientos reales está bien *pagá* la muchacha, sin que esto sea desmerecerla. Los tiempos de ahora no son los nuestros.

Sigue el diálogo con abundancia de regateos como si ajustaran una bucha. La familia del novio defiende bravamente su dinero, que es el fruto de muchas jornadas de trabajo y privaciones. La familia de la novia encarece obstinadamente el mérito de la chica, que es la alegría y el orgullo de la casa. Después de pasarse dos horas remachando sobre el asunto empiezan a ceder, hasta que se avienen a fijar una cifra.

Para festejar el feliz resultado del trato, se saca a la puerta de la casa una buena cazuela de guisote con lonchas de bacalao. Los amigos de los novios, previamente avisados, bailan la jota al son de la dulzaina y de los almireces, hasta la alta noche.

A la mañana siguiente, los novios, muy emperejilados, marchan en caballería a Segovia para comprarse las *vistas*, o sean las ropas, los muebles y la cama, que luego han de exponer a la curiosidad de la gente del pueblo.

JUERGA FRUSTRADA

Por el caserío cunde la alarma. En doce horas se han echado de menos cinco gallinas. De la taberna de la Segunda, han desaparecido una rasera, un perol y dos botellas de cerveza de Santa Bárbara. La caravana acampa a la orilla del río, junto al puente de Guijasalvas.

Componen la ranchería veinte personas y siete bestias. Bajo el arco del puente, dos gitanos viejos hacen cestas y cuévanos con mimbres. Mas allá, al hilo de la carretera, vense trapos mugrientos tendidos al sol y una chusma de chiquillos bronceados que se revuelcan desnudos sobre la arena. Tres perros flacos y hoscos humentan en torno al cazolón de barro en que se cuece la bazofia. Un hilillo de humo se retuerce en espiral hasta esfumarse en el azul. De vez en cuando relincha una yegüa y se

oye el grito desgarrado de algún chicuelo a quien la madre trata de deslendar la crisma.

Los *cañís* jóvenes se ocupan en afanar juncias, cuando se echa la noche. Para el vivir cotidiano alternan la industria cestera con el chalaneo de caballerías y el hurto de volátiles. Son gentes que no arraigan en ningún sitio. Cuando alcanza serias proporciones la alarma por la baja en el censo de los corrales, levantan el campamento y se van a otra parte sin despedirse de nadie. El vecindario no les deja tomar apego a la tierra. Basta que alguien se aperciba de su visita para que se les espante de mala manera.

En las eras se me ha acercado una gitana joven, acompañada de un hombre pica-do de viruelas y dos *churumbeles* astrosos. Con jerga zalamera me ofrece un cesto en cuatro pesetas. Regateamos de largo. A la media hora de discusión cerramos el trato en cinco reales.

La mocita es fina y garrida. Sus ojos son negros y retadores. El cabello endrino, se parte en dos crenchas lustrosas que se ondulan graciosamente al verterse por las

POR TIERRAS DE CASTILLA

sienes. En el moño flamea un clavel de sangre. El busto se engalla arrogante bajo el percal rameado del corpiño.

Para celebrar la amistad me obsequian con un poco de zambra. Sentados en la parva, comenzamos a palmotear. Los rapaces preludian un fandanguillo con contorsiones de lombrices. El *cañí* se atusa los tufos con saliva, abre la boca enorme y se desmaya en un *ay* interminable

Te la das de *presona* fina
y prendes lumbre al *sigarro*
con *seriya* de *cosina*.

Agil y hermosa como una bayadera oriental, extiende los brazos y chasca los *pitos* la muchacha. En el frenesí del baile, echa atrás la cabeza. Enarca el busto estatuario con gentileza de vencedora. Los ojos, plenos del ardiente sensualismo de la raza, se entornan dulcemente como si se sumieran en hondos ensueños de amor.

—Es un pasmo como baila esta *gachí*—arguye el gitano después de pedirme un pitillo.

Sigue la gresca. La gitana continúa haciendo maravillas con los brazos, con las

piernas y con las caderas. En un repente de entusiasmo, no puede contenerse Mariano el del tío Zoilo, y rompe en un relincho de gozo.

—Esto sí que es bueno. ¡Jú! ¡Jú! ¡Jú!

Cuando más enfrascados estamos en la juerga, mira el gitano a la carretera y con el rostro lívido, se levanta de la parva precipitadamente. A toda prisa recogen los chiquillos unas colillas del suelo y salen huyendo. Los ojos de la bailadora se alumbran con una súbita llamarada de terror.

—¿Qué ocurre?—pregunto lleno de curiosidad al ver la desbandada.

—Que ya están ahí esos *malas entrañas*—contesta el gitano sin dejar de correr—. Alivia, *paya*, que asoman los tricornios y esos no *arreparan* en que estamos con estos *cabayeros*.

Gateando por la rampa de la Risca, huyen como liebres con dirección a las Vegas de Matute. Media hora después los vemos trasponer las lomas lejanas y perderse en las sombras de la noche al trote atropellado de sus acémilas.

PESCANDO CANGREJOS

Relucen como un espejo las aguas mansas del río. De orilla a orilla raya la superficie una estela. Es la que deja en pos de sí una rata de agua, gorda y lustrosa, que cruza a nado. Entre los juncos de la ribera se acurrucan las ranas. Un ejército de renacuajos bulle alrededor de los tallos flotantes. Los sangradores vuelan rozando el agua, como flechas de colores. En un remanso bebe un jilguero sobre la arista de una roca.

Cuando nos acercamos a la orilla se oyen chapoteos menudos. Sorprendidas las ranas por nuestros pasos se chapuzan en desbandada, desapareciendo bajo los círculos de agua que baten sus extremidades, hasta perderse en el cieno.

Los chiquillos se meten en el río. El sol abrasa sus costillas renegridas. Con gre-

guería de pájaros corren a lo largo de la cacera. Provistos de varas de fresno hurgan la tierra y hunden los palos de los paralejos en las bocas de las madrigueras. Al cabo de un rato saltan a tierra y vuelcan el contenido de las redes. Sobre la hierba húmeda de la orilla brincan los peces relucientes con contorsiones de agonía. Las ranas de lomos verdes y vientres blancos se escurren a saltos, tratando de ganar las charcas. Los cangrejos, pesados y torpes, se arrastran por el césped abriendo desesperadamente los brazos de sus tenazas.

La chusma de muchachos maniobra bajo la dirección de Esteban, el aligero del molino, que se zambulle en el río con los calzoncillos arremangados hasta el muslo. De vez en cuando trinca con sus manazas de jayán a un cangrejo fugitivo y se lo engulle tranquilamente después de arrancarle las patas. Sus dientes crujen al triturar la dura caparazón de la presa. Cuando acaba de deglutirlo se relame de gusto.

Los cangrejos crudos son su gloria. A Esteban le gustan los alimentos que hagan

sentir la necesidad de tener que apretar de firme para masticarlos. Nada de cremas ni de bizcochos que se tragan en un santiamén, casi sin tener tiempo de paladearlos. Mojama, garbanzos tostados, almendras garrapiñadas... Cosas fuertes y duras que resistan el ataque impetuoso de una dentadura de hierro. La alimentación no es para él una función fisiológica indispensable a la vida, sino una porfía entre la boca del hombre y lo que se mete dentro de ella, en la cual deben salir siempre victoriosos los dientes. Tan arraigado tiene este sentir, que un día lo convidaron a comerse un flan y salió desencantado porque como era una cosa tan blanda, no tuvieron enemigo sus dientes.

La pesca ha sido abundante. Entre cangrejos, ranas y peces de todas clases han caído más de seis kilos. Extendido el botín sobre la orilla, se procede a su clasificación mientras el *Titi* da brincos y menea el rabo con desafinados aullidos de alegría. La primera operación que emprende Esteban es la de quitarle a las ranas los *calzones*. Con

sus uñas de acero les arranca el pellejo que recubre las patas. Las ancas, blancas y limpias, se ensartan en espartos. A los peces les saca los desperdicios del buche y los echa en un saco.

Regresamos al caserío cuando las luces postreras del sol tñen de rosa el horizonte. La algazara infantil y los ladridos del *Titi* atraen a la gente. Es víspera de día grande y hay que hacer festejo. Por la noche hacemos gran fritanga en la còcina del molino con los peces que hemos pescado en el río y con los que se cogen después al vaciarse los cárcavos cuando termina la molienda.

Para celebrar el éxito de la pesca convido a vino a los criados. El tío Mariano también se siente complaciente y permite que en la puerta del molino bailen los mozos un rato a la luz de la luna.

EL «TITI»

El *Titi* es el perro del molino. Es menudo, nervioso y camorrista. Su cabeza está llena de cicatrices logradas en lucha con las ratas del caserío y con las alimañas del monte. En todo el valle de la Risca puede decirse que es el amo. Llevado de su bravura acomete a los mastines de los pastores que pasan por el puente con ganado. Más de una vez ha salido volteado por los automóviles.

El *Titi* es quizás el campeón de todos los perros del partido. Temerario y jarifo, acomete a todo lo que se le pone delante, ya sea persona, animal o máquina. Un día estuvo en riesgo de morir en la carretera aplastado por los rulos de la apisonadora. A todas horas se siente dispuesto a armar gresca. A *Vedrines*, el galgo del señor cura, lo encojó de un mordisco. Trabado

otra vez con la *Diana*, una perra de aguas de un colono, cayeron los dos al río. Al verse en el agua trató la *Diana* de desasirse de su enemigo para nadar y ganar tierra. El *Titi* se enganchó con los dientes en su cuello y por poco la ahoga. También ha porfiado valerosamente con el *León*, un enorme y fiero mastín vagabundo que solo baja al molino para comerse las sobras del guisote los días que le apremia el hambre y no encuentra en el campo presa que devorar.

El *Titi* es el centinela exterior del molino. Todos los que van con maquilas tienen que contar antes de entrar con su permiso. Su osadía y su impertinencia le han valido sendos golpes y cantazos. Cuando alguien aparece en la explanada que se extiende ante la puerta de entrada sale el *Titi* a recibirle. Acercándose pausadamente al recién llegado, lo mira, lo huele y lo roza. Si le parece bien, le deja pasar y torna a acurrucarse entre los sacos de trigo preparados para la molienda. Si la persona no es de su agrado, entonces le ladra furiosamente has-

ta que alguien de la casa le amenaza con un palo.

Raro es el día que no encuentra pendencia. Entre los mozos que van a moler suelen cruzarse bastantes apuestas. Afanosos porque sus perros venzan al *Titi*, los azuzan sin piedad. Enfebrecidos los animales por las voces de los amos, se despedazan a dentelladas y zarpazos. Con los hocicos desangrándose y los ojos brillantes como brasas se acometen desesperados, mientras los dueños rugen de rabia o de goce, según sea la suerte que alcancen los canes en la refriega. Más de una vez las peleas de los perros han acabado en riñas de mozos.

Donde hay que admirar realmente al *Titi* es en la lucha con las alimañas del monte. Una tarde salí con Esteban, el aligero del molino, y con el *Titi* a dar un paseo por la orilla del río. Muy cerca de nosotros sentimos moverse unas matas y salir de debajo de ellas un turón. Torpe y lento, con su cuerpo largo y desgarrado, sus patas cortas y zambas y su chata cabeza de gato montés, le vimos meterse entre la hendidu-

ra de una peña y el suelo. Al verlo el *Titi* se arrancó furioso contra él. Retrocedió el turón al sentirse atacado, volviéndose de cara al perro. Con los ojos flameantes, se miraron los dos rivales. Ladró el *Titi*. El turón dejó asomar sus largos dientes puntiagudos. Adelantóse el *Titi* con la boca abierta. El turón aguantó la embestida empinándose sobre las patas y mostrando sus terribles garras corvas.

Bravamente se trabaron en riña. Hechos un ovillo rodaron por tierra rompiendo en alaridos de dolor y de rabia. El intento de separarlos fracasó varias veces. Para refrescarse un poco se separaron. El *Titi* llevaba el hocico destrozado. Por el cuello del turón manaba un chorreón de sangre. Aprovechándose Esteban de la tregua impuesta por el cansancio, remató al turón de un fuerte garrotazo en la cabeza. Lo recogimos del suelo. En la boca de su cueva había pedazos de trucha y trozos de piel de conejo.

Sentados a la orilla del río le abrió Esteban el vientre con un cuchillo y lo relleno de paja. Muy ufanos regresamos al caserío lle-

vando como trofeo el cuerpo ensangrentado del turón en lo alto de un palo, mientras el *Titi*, olvidándose del dolor de sus heridas, brincaba alegremente a nuestro lado en señal de triunfo. Después cobramos la mesta en el Ayuntamiento y con su importe merendamos espléndidamente en las eras una buena ensalada de escabeche.

... and in
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

EL COCHE DE ZARZUELA

Como atención extraordinaria nos recomiendan a un hombre de Zarzuela que tiene un coche, para que nos lleve a la estación de Otero, donde hemos de tomar el tren de Madrid. Los primeros fríos de Octubre aceleran la terminación del veraneo. El otoño se presenta lluvioso.

El hombre de Zarzuela se resiste a acceder a nuestro deseo. Se pretende de él un sacrificio enorme. Insistimos. Revolvemos amistades. Buscamos recomendaciones. Suplicamos. El tío Mariano el molinero, se impone al fin. Su ruego es atendido. El hombre del coche se decide a prestarnos el servicio, cobrándolo a un precio fabuloso.

El coche que nos brindan es nuevo, impecable, charolado. Su propietario lo cuida con ternura paternal. Sólo permite que ruede en los grandes acontecimientos; la llega-

da del señor Obispo, la fiesta del patrón del pueblo, el triunfo electoral de su candidato, etcétera. Más que por hacer uso de él y disfrutarlo, puede decirse que lo tiene por el gusto de recrearse un rato todos los días contemplándolo emocionado.

Colocado en el centro de la cochera, para poder mirarlo a su sabor por los cuatro costados, recibe un trato delicado. El propio dueño le lava las ruedas, le sacude el polvo con un plumero para que no se arañe y le pasa la esponja. El coche de Zarzuela es el encanto de su propietario y el orgullo del pueblo.

■ A pesar de no tener capacidad más que para cuatro viajeros lo ocupamos seis. En el pescante van el dueño y su hijo mayor. Dentro nos colocamos, como Dios nos da a entender, los seis desdichados que aspiramos a coger el tren que pasa por Otero a la una de la tarde. Resignados al sacrificio, tomamos asiento apretándonos horriblemente unos contra otros para reducir el tamaño de nuestros cuerpos a una cuarta parte de su volumen. Colocados a presión,

no podemos movernos ni casi respirar. El hombre de Zarzuela nos garantiza que con el traqueteo de la marcha se comprimirán blandamente nuestras carnes y llegaremos a ir cómodos.

El tren de arrastre lo componen: una jaca alazana, grande y flaca, y un caballejo castaño. Como encuarte llevamos una mula zancuda y remolona sobre la que cabalga desgarbadamente el hijo menor del dueño del coche.

A las cinco de la mañana salimos de Guijasalvas para la estación de Otero. Tenemos que recorrer unos veinte kilómetros. En la primera trotadita avanzamos cerca de cien metros. El viaje empieza bien. Luego moderamos la marcha y liamos un cigarro. Salta una brisilla ligera. Aunque tomamos precaución, se nos apagan las cerillas. Hacemos alto para encender los cigarrillos y reanudamos el viaje.

Llegamos a un camino vecinal y nos ponemos al paso para sortear los baches. Mientras andamos nos maravilla el hombre de Zarzuela con sus entusiasmos por el ve-

hículo. Su adquisición fué una verdadera ganga. De repente nos detenemos. Un peón caminero sale a nuestro encuentro y saluda al hombre del coche con esa prolijidad empachosa de las gentes del campo. Tres minutos de espera. Comenzamos a sentirnos un poco impacientes.

—Estén ustedes tranquilos—nos dice—. Queda tiempo sobrado.

Proseguimos la marcha. Es cuesta arriba. Una pendiente suave. El ganado camina despacio para no fatigarse demasiado. Entre las bestias y el dueño se advierte la existencia de una firme compenetración espiritual. Llegamos después a un trozo de carretera cubierto de grava. Se impone también un aire moderado para que los animales no se entreguen totalmente al principio de la jornada. El muchacho que va en la mula se desmonta y repasa las pinas para observar si se han rayado con los chinarrros. Afortunadamente para todos están intactas. Solventada esta ansiedad continuamos andando. A poco trecho de salir de la grava volvemos a hacer alto para ver si

el ganado suda. Desmóntase nuevamente el muchacho. En evitación de que las caballerías puedan sudar y enfriarse, se les echa por encima de los riñones unas mantas viejas que van en la caja del pescante.

Reanudada la marcha comenzamos a bajar una rampa. Como medida de prudencia se echa el freno con la misma fuerza que si fuésemos a deslizarnos por la pendiente de un tobogán. No es cosa de que vayamos a estrellarnos por una imprevisión.

Con la opresión a que estamos sometidos hemos perdido la sensibilidad en las piernas. Si por lo menos pudiéramos estirarnos un poco, cabría el recurso de dormirse para abreviar las torturas del viaje.

—¿Cuando vamos a trotar un poco?—
insinúa al dueño del coche.

—Ahora no puede ser. Correríamos un serio peligro. Cuando lleguemos al llano. Llegamos a las Vegas de Matute. A la entrada del puente se nos invita a echar pie a tierra. Es una precaución muy de estimar, que pone de relieve el gran sentido práctico del hombre del coche. La jaca es espan-

tadiza. Como sale poco de la cuadra se asusta de todo. Además, por si lo de la jaca fuera poco, nos escalofría con el relato de una tragedia que costó la vida a una pobre mujer y a un niño de pecho. Con toda minucia nos refiere el caso de un carro que cayó desde lo alto del puente por asustarse la mula que lo arrastraba, de una motocicleta. ¡Un horror! En vista de lo terrible del relato, resolvemos atravesar el pueblo a pie.

Salimos de las Vegas. Por fin, nos encontramos en el suspirado llano. Mirando con gozo el arrecife, acariciamos la esperanza de dar una carrerita. El dueño del coche empuña el látigo y anima al ganado con voces de aliento. Cuando nos disponemos a salir al trote, la mula de encuarte se para en seco. Después se despatarra. Aguardamos bondadosamente a que termine. Nada. Aunque la parada fué en seco, la arrancada es en húmedo.

Proseguimos la ruta sin esperanza de variar de velocidad. Pasamos por la puerta de una venta. Una idea luminosa viene a mi

mente. Alegrando al dueño del coche con un poco de vino, vislumbro la posibilidad de que entre en ganas de acelerar la marcha. Dispuesto a conseguir mi propósito le ofrezco un vaso de vino. Estimando mucho la fineza, me dice:

—No bebo vino. Si acaso, tomaré un refresco de zarza para no desairarle.

Para matarlo. La pachorra del hombre me saca de quicio. Resuelto a todo, le hablo en tono agrio. El me replica flemático, sin darse por advertido de mi indignación. Discutimos acaloradamente. Yo le echo en cara su sangre gorda. El encarece sus derechos de propietario para defender el coche. Poco a poco llegamos a términos violentos. Para poner remate a aquella situación, echo pie a tierra. Mi rival se arroja del pescante. El hijo se descabalga de la mula de encuarte. Mi familia se apea del carruaje. Estamos para llegar a las manos.

—¡Le voy a partir a usted el alma!—le espeto furioso.

—Eso habría que verlo—me replica poniéndose en defensa.

Nos encontramos en punto de llegar a la agresión. Nos separan. Lejos se oye el silbato de una locomotora.

—Ya lo veremos—respondo subiéndome aceleradamente al coche y empujando a mi familia para que ocupe sus asientos sin perder instante.

Echamos a andar nuevamente. Cuando damos vista a la estación de Otero, el tren de Madrid acaba de partir. Desde lejos vemos el penacho de humo de la máquina, desvaneciéndose en el espacio. Aquella noche tenemos que pasarla acurrucados entre los bultos del almacén de pequeña velocidad.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	7
A Segovia.....	15
La ciudad de Segovia.....	19
La misa mayor.....	25
Paz castellana.....	29
El alma campesina.....	35
La hora del crepúsculo.....	39
El último amor.....	45
Noche de luna.....	47
Idilio.....	51
El primer descanso.....	55
La moza del molino.....	59
El molinero.....	63
Las flores de Mayo.....	67
El bautizo.....	73
El tío Venancio.....	77
La tía Nemesia.....	83
El sacristán de Valdeprados.....	87
A caza de liebres.....	93
Trato de boda.....	101
Juerga frustrada.....	105
Pescando cangrejos.....	109
El «Titi».....	115
El coche de Zarzuela.....	119

OBRAS DEL AUTOR

Baratijas.—Crónicas humorísticas.

El otro.—Boceto de novela.

El Cuento del abuelo.—Entremés dramático.

Amor de mujer.—Novela.

En la santa ciudad de Avila.—Novela.

Patriotismo.—Conferencia.

El libro de la mujer.—Estudios feministas.

El talento y la belleza de la mujer.—Conferencia.

El Ejército como escuela de ciudadanía.—Discurso pronunciado en el cuartel del Regimiento de Lanceros de Villaviciosa, en Jerez de la Frontera.

La Virgen de Avila.—Trabajo premiado en los Juegos Florales celebrados en Sevilla el año 1922.

Los Exploradores de España.—Conceptos, notas y comentarios.

Capacidad de la mujer para intervenir en la dirección de la vida social.—Conferencia.

Por tierras de Castilla.—Impresiones de la vida castellana.

41,000

C-1

C-VI

OBRAS DEL AUTOR

- Caricaturas* — Orígenes literarios.
El cura — Hechos de un día.
El mundo del siglo — Una parte dramática.
Amor de mujer — Novela.
En los altares de la vida — Novela.
Confesiones — Conferencia.
El libro de la mujer — Conferencia.
El alma y la belleza de la mujer — Conferencia.
El espíritu y el cuerpo — Conferencia.
Obras en pro de la educación en el campo de la Regencia de
Luzerne de Suiza, en la casa de la Fraternidad.
La Virgen de la vida — Trabajo publicado en los
Anales de la vida, editado por la vida el año 1917.
Los fundamentos de la vida — Conferencia.
Obras y conferencias.
La vida de la mujer para intervenir en la vida
según la vida — Conferencia.
El libro de la vida — Conferencia de la vida.







G-120048

WASH DC

RECEIVED

FEB 19 1954

U.S. DEPT. OF JUSTICE

WASHINGTON